LOS CAMINOS DE LA UNIVERSIDAD

Otilio Flores Corrales

Cuando veo al peregrino no
puedo dominar nunca las lágrimas.

¡Oh, qué felices nos hace a
las personas una idea equivocada !

Goethe

¿Qué es “la Universidad”? ¿Qué ha sido, qué quiere ser, a dónde va?

La Universidad es mucho más que sólo “una Institución”. Es lugar y espacio para la formación y transformación de los niveles de conciencia y de la forma de asumir los problemas de un mundo real; es una situación vital; un conjunto de caminos, de ríos y mares que confluyen en el cosmos del ser humano y que contribuyen a la formación del Espíritu mismo.

Es unión de lo diverso; también es diversidad de la Unidad; es sitio para “ver” la Realidad como un fenómeno complejo.

Aquí en Occidente —desde la Edad Media hasta nuestros días— fue algo más que sólo un claustro religioso. Siempre fue uno de los lugares más importantes de la concentración de la cultura, del pensamiento y del conocimiento. Lugar de meditación allá en los no siempre oscuros inicios en donde la regla era la obediencia y el voto que quiso llegar —y que lo hizo por momentos culminantes— a ser místico. La Universidad, no obstante, no es el centro de enseñanza más antiguo —ni más eficaz— del que tengamos memoria.

En los monasterios nacieron las grandes Universidades —lugares que no siempre fueron los de gestación de las ideas, ni de los mejores hombres ni de los momentos más altos del conocimiento humano—, en donde también se cimentaron las principales formas de querer legitimar obsolutismos y totalitarismos históricos, con los que quisieron fundar, monarcas y sus séquitos enteros, los mandos más poderosos hasta fechas muy recientes.

Debido a la naturaleza de estos claustros, la formación eclesiástica en ellos era vertebral y además sumamente sectaria. Muchos —por no decir todos— los que no pensarán acorde a las “escrituras oficiales”, eran en más de las veces quemados vivos por no acatar las formulaciones teológicas dominantes de aquellos tiempos.

Sin embargo, no podemos sólo decir lo anterior sin mesurar y apuntar que también fue ahí, en la Edad Media, en donde existieron avances de calibre importante en muchas ramas del conocimiento universal: la teología, la lógica, la filosofía, la gramática, la alquimia, la literatura, las matemáticas, la arquitectura, son sólo algunos de los caminos que forjaron tantísimo al mundo moderno. De hecho, sin estas raíces no se entendería ni al Renacimiento ni su porvenir. Pero aquí no me detendré a precisar la historia de las Universidades ni de tiempos tan ricos en anécdotas y experiencias, pues alargaría aún mucho más esta parte del artículo.

Acaso sólo quepa decir que sin las ideas que se han gestado en las Universidades, el mundo definitivamente tendría una forma totalmente distinta a la que se posee actualmente.

Lo que ha sido la Universidad en el transcurrir de los últimos tres o

cuatro siglos en Occidente, en lo esencial a dado pauta para el crecimiento de la técnica —como efecto de los movimientos de las demandas históricas de mercado y de una industrialización con tendencia liberal cada vez menos humana—, y para detentar una formación menos humanística, estética y artística en la carrera por la eficacia y no por la paz ni por la comprensión.

Las tendencias de los fenómenos que vieron transformarse a las universidades en estos últimos doscientos años, hicieron de éstas centros burocráticos en donde se puede ver cada vez más el síntoma del divorcio y del alejamiento que tiene la genialidad con la producción universitaria. Burocratismo que se ha visto acentuado principalmente en los países menos favorecidos en cuestiones económicas. Burocracias y formación de burócratas: los ideales humanísticos son cada vez más lejanos.

En consecuencia, ¿qué es la Universidad y qué representa? No podemos quedarnos con la definición formal de pensarla sólo como Institución; es más que una escuela, que la “reunión” de capos administrativos —de puertas pseudocerradas—, de trabajadores, profesores, alumnos e investigadores. No debiese ser un espacio para la carrera de obstáculos, sino elemento básico de toda la sociedad del aprender de buena fe, de posibilitar la libertad de acción de pensamiento y estética.

En las “Escuelas” se enseña (esto es, se re-produce) y hasta ahí; en las Universidades no sólo se reproduce sino que se produce y en el producir universitario, está el publicar, difundir, discutir (dialogar); en síntesis: está la apertura al diálogo y pensamientos diferentes, plurales, ortodoxos y heterodoxos. En la heterogeneidad y en la diferencia está la riqueza no sólo de una Universidad, sino de un pueblo y de su(s) cultura(s).

Como Institución pública, la Universidad Nacional Autónoma de México se enfrenta a un evidente anacronismo sindical, a los graves problemas económicos y de salarios (que son reflejo de un franco desequilibrio e inequidad no sólo en la mayoría de quienes conforman la planta docente) que, sin duda, serán tema de discusión que apremia a las demandas de la propia Universidad. Problemas que se acentúan con la deficiente preparación y actualización de su cuerpo académico. Asuntos que conllevan de un problema a otro, hasta cerrarse en un ciclo de

dimensiones no sólo universitarias, y que tienen sus causas profundas; por un lado, en el dinero y en su uso, y por el otro, en la voluntad y la falta de visión política global. El problema de las cuotas es sólo un lugar común de cara al complejo problema que invoca una irreversible y necesaria Reforma Universitaria que toque desde recursos materiales, hasta los alcances de una política integral nacional como proyecto de país a la Educación Federal y los matices de englobarla en un proyecto de orden Planetario.

Las autonomías universitarias son “un coto de poder” en donde hay que revalorar los niveles de responsabilidad con los que se ejerce semejante delegación de alcances, y niveles de acción. La sociedad exige legítimamente mejores profesionistas y una mínima garantía en materia de empleo tomando en cuenta al cómo y al con qué se preparan los individuos en la Universidad, así como los requerimientos materiales de ésta con el desenvolvimiento de la creación de “mano de obra” y del ejercicio profesional respectivamente, sin olvidar la inversión de inteligencia y talento que puedan ser depositadas en dichas tareas profesionales.

La justificación del “mal” no se puede ni se debe dar únicamente en la carencia de recursos. El problema sobre las cuotas, de los ingresos y egresos de la UNAM, son solamente unos —tal vez los menores— en la agenda que habrá que discutirse en medio de otros de carácter nacional.

Hoy, la sentencia que hace revalorar las tareas de la Universidad es, sin duda, la que dictamina que la educación profesional en México ya no es garantía de porvenir económico exitoso.

Las Universidades privadas son también una realidad compleja a las que —no de una manera fútil— hay que sopesar en un balance sólido. Se les confunde rápidamente con ser sólo “un negocio”, un pretexto para lucrar sin un proyecto auténtico de “compromiso social” y eso es grave a corto y largo plazo, tanto para “ese negocio” como para nuestras sociedades en su conjunto y las etnias mexicanas: México es una enorme diversidad cultural que no es sólo la vida capitalina. Tener un negocio no es cosa mala, pero hay que saber de la naturaleza del negocio; en los negocios y en la política, los fines no justifican los medios. Y el país no

es un negocio: no es lícito ni legítimo verlo como una empresa. Sería un error asumirlo así.

¿Qué quiere ser “la Universidad” con respecto a lo que hay? ¿Qué “idea de Universidad” tiene el “hombre contemporáneo”?

La Universidad debe ser la vanguardia y el referente y en su producción, eje central de la “política como inteligencia”. Ya no debe ser un laberinto (para legitimizar vía títulos nobiliarios que no correspondan al saber del que los posee), sólo para aspirar al papel curricular que desmiente realidades trágicas y antagónicas. Las Universidades quieren ser conjunto de caminos auténticos y posibles. ¿Pero qué le ha sucedido a los “principios Universitarios”?

Hay que pensar la templanza para una Reforma Universitaria que coincida con un proyecto político en materia de Educación Federal no sólo Pública. Los recursos para ello no son pocos si se toma en cuenta a la imaginación, a los hombres y al talento que no se ha querido ver. Súmense a ello las tecnologías del mundo con las que se dispone para llevar a cabo una congregación de estrategias, no para anhelar una educación de carácter fascista, sino un proyecto integral que complejice las venas de la educación de todo un país con exigencias inaplazables de toda una nación.

Los actos de la Secretaría de Educación Pública conjuntamente con los medios electrónicos televisivos, hasta el momento —pese a sus tratados o convenios— han servido a sus destinatarios de muy poco o tal vez de nada. No nos conformemos ni aspiremos a discursos autocomplacientes de “todo va bien”: basta con salir de la oficina y dar una pequeña ronda por el país (o tan sólo por la ciudad) para saber de qué hablamos. El asunto no es sólo de apariencia, ¿cómo se asoma uno a los niveles de educación, de sensibilidad, de civilidad o de fraternidad, de política en hombres y en pueblos sino en sus hechos? ¿Se ha visto y valorado lo que se está haciendo y cómo se está haciendo, re-haciendo la cultura, ya no digamos en el mundo, lleno de síntomas patológicos serios, sino tan sólo en nuestro país?

No obstante, asumiendo la frialdad del mundo con la que se mueven los intereses de sus motivos, es casi indecible la respuesta que pueda

contestar sensatamente el “¿a dónde va la Universidad?” ¿Acaso la llevarán estos tiempos a los nuevos fanatismos, a los totalitarismos que emergen a partir de la ausencia de contenido de las categorías y de las nociones sociopolíticas? Existe una juventud que quiere encontrar respuestas en ella; hay una espiritualidad sedienta y francamente poco preparada y vacía tanto de valores, como de principios, tanto en lo que desean “aprender”, como en lo que se dedican a “enseñar”. ¿Será que ahora se mueven las causas universitarias casi exclusivamente por necesidades del mercado gerencial, de oferta y demanda, y no ya por un humanismo o por postulados filosófico-teológicas como los que hasta hace poco todavía conservaban los jesuitas?

No podemos ni debemos aspirar a detener la historia, pero sí a intervenir en ella. Hay indicadores que notifican tiempos adversos tanto para los educandos, como para el porvenir necesario de los educadores.

Los síntomas de la Universidad son sólo el reflejo de un diagnóstico en donde está presente una enfermedad del hombre contemporáneo: la Indiferencia. ¿Qué le ha pasado al acto libre de pensar? ¿Qué le ha sucedido al Hombre en su fundamento que impregna su hacer en su mercado pensar? La Universidad es la escala y el tránsito de la reproducción a la producción de conocimientos y de condiciones de vida —no me refiero de ninguna manera al asunto material.

La Universidad es acumulación de tiempo histórico, es una parte de la gestación de la cultura. Esta acumulación habla de los calibres de cada Universidad de la que se trate. Acumulación como Visión. Y la visión universitaria es acumulación de trabajo, no sólo de estar en las aulas, sino de “ser” fuera de ellas, sin necesariamente, tener que aspirar a la “vida santa” en ese “estar” y en ese “ser” frente a la vida. El “ratón de biblioteca” sin la vida de poco vale. Las ideas sin respaldo y sin la experiencia poco pesan. Incluso hay que vivir la metafísica para alcanzar la mística.

La visión que se tenga del tiempo en la Universidad es prospectiva, historia y presente. Es historia porque es memoria; es presente porque la preocupación central está en lo contemporáneo; es prospectiva porque es vanguardia y es ruptura.

La Universidad es concentración de la crisis del conocimiento que se vive en las Instituciones, en un mundo a veces lejano a ésta, en el orden social y político; es camino múltiple y vario. Por ello puede decirse que la crisis vivida en el conocimiento es la que se estudia y quiere encontrar cauce y sentido en las Universidades.

Como concentración de contradicciones, la Universidad tiene concentración de ideas universales: varias versiones de lo "único", o de lo "Uno, o lo real". Antihegelianamente, aunque no todo lo real es racional, sí todo lo real es lo conciente, que puede ser efecto de la estética y no sólo de la razón. Si la Universidad no lo ve así, ha de pagar la factura con un revés en la producción de nuestro tiempo.

Universidad: construcción de caminos; no tiene por qué estar ni qué ser caminos *a priori*, es decir, caminos ya construidos a seguir forzosamente: no es una fábrica en donde por destajo se produzcan sólo efectos de requerimientos; es cauce posible de vocaciones reales, de inclinaciones posibles y reales. ¿O es una maquila de hombres?

La Universidad es un espacio para la Libertad, ¡no para aprender a ser sumisos y obedientes ciegos frente al error, frente al terrorismo, o frente a la injusticia! Los binomios aquí son unidad: Universidad y Libertad; vocación y política. Es impostergable formar "hombres con carácter" y con "principios" porque son indispensables ambas cuestiones pilares entre hombreidades posibles.

La vocación política es principal o mayor. El entendimiento y la universalidad de la comprensión están en juego. Y la Universidad también tiene la responsabilidad de ofrecer y dar sus mejores elementos para preparar con los mejores, a los mejores hombres. Pero para ello es necesaria la "visión" en esa construcción de caminos como extensión de la familia y de la historia privada.

En la Universidad se da la maravilla del encuentro y del desencuentro de vocaciones y de vidas, de consciencias en conjetura, o en elemental formación; es ahí en donde confluyen los caracteres y los nacientes proyectos o la solidificación de las necesidades históricas. Es muy difícil que se dé esto en otro sitio (y en otro tiempo) que no sea el

de la Universidad; es ahí en donde se aprende notablemente que la vida es choque y asenso al diálogo, donde nace la política.

Como experiencia, es crisis, porque “ser y estar” ahí, es postular y probar las ideas políticas “elegidas” que prontamente se vuelven posturas y que, finalmente, se transforman en situaciones vitales con las cuales atravesar a la Historia con la fineza y la gallardía de lo político.

“Ser” universitario no es “estar” sólo en el claustro universitario, sino demostrar “serlo” ya ahí, aquí, en “el mundo”. Pero el mundo no es sólo ideas, en él no se construyen de manera unívoca los fenómenos del *cosmos* humano. Las categorías y las abstracciones con la vida tienen su dinámica en lo que algunos sabios nos transmiten con sus sentencias.

El mundo como porvenir es construcción de sentido. La Universidad es ahí consuelo de orden dentro de los terribles designios de los oráculos transformados por nuestra ignorancia, en funestos caos. El mundo como cuestión humana, es orden de la conciencia en el tiempo sólo como cronometría. Las preocupaciones de la Universidad no pueden situarse como meras bagatelas de coyuntura. De lo heteróclito que pueda parecer el movimiento del mundo, la Universidad tiene que medir la responsabilidad de sus respuestas en la Universalidad con la que usa sus palabras, hacia sus hijos y sus contemporáneos.

Frente a lo anterior, ¿qué tareas o encomiendas esenciales hay que tener como Universidad?

La Universidad como Institución —debiendo estar comprometida con el pensamiento Universal y multidisciplinario— tiene la encomienda esencial de continuar formando el óptimo nivel en la capacidad de generar respuestas a problemas concretos en los individuos. Pensarla así es potenciarla como dadora de conciencia en —y para— los problemas del mundo.

Sin embargo, ésta tiene que comenzar a dejar de ser en su nomenclatura académica, una columna vertical de bocetos de autoritarismo ya inadmisibles, y en cambio, forjar una ética de respeto y tolerancia a los jóvenes, los estudiantes, a los novísimos universitarios, a todo aquél que llega a sus recintos y que quiera aprender sin el escudo del totalitarismo que es, finalmente, el de la ignominia. Respeto y paciencia —como ele-

mentos indispensables— a la otredad y a la diferencia. Esto es un principio político. Como lo es el del pluralismo. Claro, sin querer ver, de manera alguna, en la educación a una democracia. La certeza académica no se da como resultado de votaciones o de consensos.

La tarea básica está en dar lo mejor de nosotros mismos (profesores, administrativos, investigadores, alumnos, autoridades...). Dar de buena fe, como fundamento de una educación que simiente honestidad y amor por la verdad, es hoy por hoy, cada vez más necesario y es, a la vez, una exigencia de la sociedad. En la Universidad debiese estar “lo mejor” de una sociedad. Sin embargo, son los hombres de mayor humildad los que nos enseñan que generalmente no es así. Poseer un título universitario no nos da derecho a ser arrogantes. Las Universidades tienen como obligación moral saber asumir y no rehuir a los problemas: la exigencia capital está en tener el más alto sentido de compromiso social!

En síntesis, algunas tareas esenciales de la Universidad están en el producir, publicar, difundir, discutir, dialogar: éstas son las misiones universitarias e interuniversitarias. La apertura al debate siempre es síntoma de salud. Enseñar vocacionalmente “la política” (y no el sectarismo político e ideológico) como conjunto de principios posible y no como una forma de destruir al contrincante, es una columna básica para no llegar a la violencia, para no ejercer la injusticia aun de manera elegante o jurídica. La educación en la Universidad sí puede tener un matiz ético esencial.

No es la óptima actividad sumarse —dentro de las universidades— a posturas sectarias, donde en más de las veces son sólo los jóvenes conejillos de indias para intereses ocultos de brazos ajenos a las universidades.

La Universidad tiene el deber de enseñar a reconocer caminos distintos al nuestro, mostrar sentidos y hasta niveles diversos de entendimiento y de comprensión. Este deber puede partir del fundir lo múltiple para poder mirar al arte, la ciencia, la cultura, la política, la religión, las etnias, como parte de nuestras enseñanzas y de nuestros problemas de manera conjunta, integral, con humanismo más allá del humanitarismo.

No es lícito no hablar de religiones bajo el manto de pretender una educación laica; no nos es legítimo dejar de tomar posturas estéticas en el arte porque las clases son “científicas”, no es lícito encubrir la ignorancia bajo la tutela de la cátedra como forma de autoridad. Es imposterable renovar a la planta docente y actualizar a la que hay. El cosmos de la inteligencia no tiene descanso pese a la existencia de las mafias que acaparan y viven de la renta de otros.

Hay que estar proteicamente preparados y en forma para asumir los problemas de siempre y también los recientes. Es exigencia vital reconocer, en la fusión de los distintos caminos (artísticos, culturales, teológicos, científicos, filosóficos, jurídicos...), el que no se dé, con base en un conocimiento absolutista, una herencia obsoleta para fomentar fundamentalismos que son sólo instrumentos para la violencia y no para la equidad y el equilibrio al que aspiramos como forma de vida para el porvenir y para el presente.

Hay que preparar para la vida. Vivir, es construcción de vida. Es urgente revisar y reparar en dónde comienza el divorcio entre el conocimiento y lo que se vive. Una idea fáustica del mundo corroe al hombre contemporáneo.

Reflexionar y meditar en son de los caminos de la universidad, es meditar la acción de un sentido posible del mundo, de nuestro mundo, de nuestra vida como hombres siempre reales, siempre posibles.